

QUE ALGUIEN DIGA ALGO

CAPÍTULO I

Reconozco dónde estoy: mi casa de París. Sé que estoy soñando aunque no puedo hacer nada por despertarme, ni siquiera desearlo. La tele está encendida y sale una presentadora rubia, leyendo un papel como si fuera un discurso, y sólo dice “perros y gatos, perros y gatos” todo el tiempo. Mamá y papá están discutiendo en la habitación. Me acerco a la tele y bajo el volumen para poder oírles. Mi padre dice que nos vamos al Bois de Boulogne a pasar el día pero que ella no puede venir: - tú te vas al pueblo, con tu padre-, le dice. -Mi padre está muerto-, contesta ella.

Me levanto para ir a ver qué pasa y salgo al pasillo, pero no es el pasillo de mi casa. El suelo está tapizado de rojo y las paredes cubiertas con listones de madera blanca, con puertas a los dos lados señalizadas con fórmulas del tipo B12, C35, 420G en relieves dorados. Avanzo hacia delante. El suelo se comba hacia un lado y hacia otro y de repente la luz se apaga, sé que se ha apagado, aunque yo puedo ver. Sigo andando y entonces sale de una puerta una mujer que de espaldas parece mi madre, pero se da la vuelta y tiene la cara mi padre y entonces sale corriendo y yo le grito ¡espera!, pero sigue corriendo, se arremanga la falda y sigue corriendo y yo corro detrás de ella o de él, sigo corriendo.

En un segundo todo se oscurece, y yo sigo oyendo la voz de la presentadora de la tele, como si hablase por megafonía: los perros y los gatos, los perros y los gatos, todo el tiempo. Sigo andando, con los brazos extendidos para no chocarme con nada, y de pronto veo una luz al fondo, y la figura de mi padre o de mi madre se recorta a contraluz. Corro hacia allí, de puntillas para no hacer ruido y que no se dé cuenta de que le persigo.

Cuando estoy a punto de tocarle, se da la vuelta y es una cara mezcla de mi madre y de mi padre, lo sé, y cuando me ve, el gesto se le tuerce en una mueca amorfa y se pone a ladrar y sale corriendo hacia la luz, que de repente lo invade todo, como si estuviese amaneciendo, y yo sigo hacia delante y de repente dejo de correr y me doy cuenta de que estoy desnudo en mitad de un escenario. La luz se apaga.

Me corre a la altura de las rodillas una ráfaga de aire frío, como si el silencio se hubiese condensado y gotease de una marmita de hidrógeno líquido. Todo alrededor es de un negro inflamable. No es. La luz comienza a subir lentamente, como si pesase, y allí arriba, en un palco recién iluminado, aparece Stephen Hawkins, vestido con un perfecto corte de Armani, rígido, el cuello sobre la vertical, la sonrisa paralela al suelo. Me mira y me sonrío. Es Dios. Lo sé; sólo él puede reírse de ese modo. No me señala, no se mueve, sólo ríe. Miro alrededor: el patio de butacas, un osario donde se amontan cadáveres de terciopelo grana, y allá arriba sólo él. En medio de la oscuridad Stephen Hawkins reluce como si un foco le ardiera en las entrañas. Y sonrío.

Tengo frío; me agarro las partes con una mano y con la otra trato de cubrirme el pecho, y la luz comienza a descender mientras él se ríe sin hacer ruido. Sin hacer nada de ruido.

La imagen zumba, un movimiento sísmico de poca frecuencia. Un instante antes de que la luz caiga, él deja de sonreír.

Guille abre los ojos, bizquea un poco buscando el móvil y apaga la alarma. Los párpados no quieren levantarse, ni él tampoco. ¿Puso la alarma a las once? Tendrá que darse prisa para no llegar tarde: poner la cafetera, ducharse, desayunar, vestirse y salir. Media hora o tres cuartos. Y el tipo aquél... ¿a qué hora se ha largado? No ha oído el ruido de la puerta.

Ahora, piensa mientras los ojos se abren al día, sólo quedará la arruga de su cuerpo marcada en las sábanas.

Su lado de la cama está despejado como una pista de aterrizaje, las sábanas aplastadas al final, como si Guille hubiese estado toda la noche vendimiando sobre ellas.

Se incorpora y se busca en el espejo, pero algo se interpone entre él y su reflejo. Hay un bulto recorrido por una línea intermitente de vértebras que se transparentan a través de la sábana blanca. – Jo-der-, murmura Guille.- Exacto, jo-der. De eso se trata, ¿no?-, le replica mentalmente mientras se pone la bata y se ata el cinturón entorno a la cintura desnuda, con fuerza suficiente para hacerse entrar en una prenda diez tallas más pequeña.

¿Acaso no habían quedado explícitamente claras las condiciones del contrato? ¿En qué beso se ha olvidado qué cláusula? Yo te pregunto cómo te llamas, tú me invitas a una copa, me das fuego, otro cigarro. Te invito a mi casa, “para compensarte por el pitillo y tomar la última”, y acabamos donde deberíamos haber empezado, para habernos ahorrado toda ese rollo. Y ahora estás ahí, esperando a que te traiga el desayuno a la cama. Esto no funciona así, ¿no lo entiendes? Llena de agua la jarra de la cafetera y saca del mueble un bote de cristal lleno de café molido. Once cucharaditas, recuerda: una, maldito estúpido, dos, me ha estropeado el día, tres, la culpa es mía por no haberle dicho nada, tendría que haber... siete, ocho, tendría que haberle “invitado” a irse. Quince, dieciséis, diecisiete, pero me quedé dormido, y él también. ¿No eran once cucharaditas? Joder, maldito estúpido.

Vuelve a la habitación pisando como un militar, da un portazo, tose, pero él sigue sin despertarse. ¿Cómo se llamaba? ¿Andrés? ¿Jorge? Le mira desde el marco de la puerta, escucha su respiración fuerte, casi un ronquido, como una plancha de vapor cuando la

levantas de la prenda y coge aire, asfixiada. Abre un cajón de la cómoda, coge una muda y saca del armario su traje gris. Odia ese traje, le hace viejo. Mataría por uno como el que lleva Hawkins en sus sueños. Cada vez que vuelve a soñar con él, ve el traje más nítidamente, una perfección de quinientos euros por prenda. La última vez que ha soñado con él ha sido hace tres noches, y la anterior el lunes. Tres en una semana, más o menos el mismo sueño, con alguna variación. ¿Estás obsesionado?, se pregunta. Sí, te repito: mataría por ese traje. Mataría por tener el coco y la pasta de Hawkins.

De todas formas aunque tuviese el mejor de los trajes de Armani, no podría dejar de ponerse ése, precisamente ése, al menos una vez por semana. Porque es el preferido de su madre y teme que no le reconozca con otro.

Se mete en la ducha y toda la gama de olores que ha absorbido su cuerpo esa noche se deshace como un sobre de *Sopinstant* en contacto con el agua: el pelo incendiado de humo, la boca con un agrio gusto a tequila. En el vientre aún brilla, como una tira de celofán, un reguero de semen reseco.

Se enjabona el pelo haciéndose masajes circulares con un champú de olor a lilas. Se oye un golpe en el dormitorio. Pasos hacia la cocina, media vuelta. Escucha con los ojos cerrados, las manos detenidas en la nuca, imaginando la cara de ¿Jorge? ¿Pablo? buscándole.

-¿Guille? ¿Estás vivo?-. No contesta: coge la esponja untada en gel y comienza a restregarse los brazos.

- ¿Hola?-. La voz se acerca.

-Me estoy duchando, ahora salgo.

-¡Genial!

-Apaga la cafetera, en la cocina, a la derecha del frigo.

-Ya, ya. ¿Quieres que te haga uno?

-¿Un qué?

-Un café, digo.

- Sí. Solo.

Se momifica de cintura para abajo con la toalla blanca, se sienta en el retrete y se seca el pelo con otra toalla más pequeña. El flequillo le cae sobre la frente en forma de lágrima. Una lágrima negro petróleo. Se pone los bóxers, los pantalones afranelados de color gris hormigón, la camisa blanca con bolsillo en el pecho, abotonándola hasta el cuello para coronarla con la corbata negra, la americana de hombreras anchas. ¿Y los zapatos? Sale del baño, busca bajo la cama y se los pone como si estuviese metiendo los pies en agua congelada: parecen tanques de la Primera Guerra Mundial, negros, muy anchos, con cordones como sogas, suela de goma de dos dedos de ancho.

-¿Por qué vas vestido así?

-Te respondo si me respondes tú antes,- contesta Guille.

-¿A qué?

-¿No te dan de desayunar en tu casa?

-¿Cómo? No entiendo. Café solo, me has dicho. ¿No era eso?

- ¿Por qué no te has ido antes?

-¿A casa? Bueno, estábamos durmiendo.

-Son las once y cuarto.

-Bueno, nos acostamos a las seis y pico.

-No me entiendes...

-No.

-Dios santo. A ver cómo te digo. Esto no funciona así. Normalmente me levanto los domingos y no me acuerdo ni de la cara del tipo que me he tirado. Me arrepiento o no. Pero tú, ¿no me has dado ni la oportunidad de arrepentirme! ¡Sigues aquí! ¿No lo entiendes? Lo de ayer fue entre tú y un yo que es ayer, que ya no existe. Si me levanto y te veo ahí en la cama, sigo siendo el yo de ayer, o sea, que ya no puedo hacer hoy lo que me dé la gana porque estás tú para recordarme que hoy sigue siendo ayer. ¿Sabes?

-¿Perdón?

- Tengo prisa, me marcho en cinco minutos, así que ve a vestirte.

¿Pero qué cojones le estaba contando a aquel tío?, se pregunta Jorge. ¿Ayer, hoy? ¿Qué era tan difícil de entender?

Los polvos de una noche, cuando se coge la costumbre, se convierten en el proceso más burocrático del mundo, así que lo más sencillo es ahorrarse el papeleo e ir al lío: se supone que nos conocemos, piensa Guille, nos ponemos *hot*, todo ese rollo, vamos a casa y nos lo montamos. Pero lo de después es un coñazo. Así que acabamos, tú te vistes, me dices que tienes prisa, que mañana madrugas, me da igual por qué, no te lo voy a preguntar, y yo te acompaño en pelotas hasta la puerta y dejo la puerta entreabierta mientras esperas al ascensor. Por compromiso. Ahí va mi polvo, por decirlo así. La lucecita del ascensor se enciende y tú abres la puerta y desapareces. ¿Verdad que es fácil?

Apura el café, pone la taza bocabajo en el fregadero. ¿Cómo ha podido Pablo- Andrés encontrar tan fácilmente el lugar de las tazas, la cucharilla y el *brick* de leche? ¡Y esas dos galletas de *Fontaneda Digestive*! ¿Le ha estado espiando? A lo mejor es bulímico y ha estado levantándose durante la noche para robar comida, se dice mientras guarda dos galletas en el bolsillo de la chaqueta.

-Ya estoy listo-, dice Jorge girando sobre sí mismo como si estuviese mostrando el traje que lucirá en su boda.

-Yo también, vamos.

-¿Adónde vas vestido así?

- A misa.

-¿A misa?

-Sí, soy director del coro, presidente de la Asociación de Estigmáticos de Santa Margarita y redactor de sermones cuando el padre Ángel no está inspirado.

-Pues no te pega nada.

-La personalidad no es un stick-stack, que se pegan y se despegan, chiquillo.

-El anuncio decía “que se quitan y se ponen”, no que se pegan y se despegan.- Guille mira a Jorge, su gesto cómico, desenfadado, y de pronto se siente dignamente ridículo dentro de ese viejo traje y le responde:- ojalá te atropelle un gato.-

Salen a la calle y cada uno toma un rumbo diferente: “nos vemos”. En realidad los dos van al metro, pero Guille no quiere seguir más tiempo con él, así que caminará un poco más y cogerá el tren en Bilbao en vez de en Alonso Martínez.

Le gustan las salidas triunfales, – llámame-, le ha dicho a Jorge mientras se alejaba, sin girar la cabeza, aunque lo cierto es que no recuerda haberle dado su número. Por otro lado, sería del todo inútil buscar el suyo, el de Jorge, en la agenda porque... ¿por qué letrita empieza? En su lista de contactos hay más nombres de varones que en todo el santoral junto, así que ha tenido que recurrir a estrategias tales como: Álvaro1 y Álvaro2, PedroOjos, JuanEnero, JuanEnero2, y cada vez necesita mayores dosis de ingenio para no repetirse. Por otro lado, ahora que recorre con el pulgar aquella lista, PedroOjos y PedroAlto le parecen el mismo Pedro, y Álvaro1 y JesúsMajo le producen en la mente la misma imagen: rubio pajizo, ojos azules, sonrisa enorme, brazos enormes, entrepierna enorme.

Atraviesa los tornos de la estación mientras recuerda que ha olvidado coger del frigorífico las trufas que le ha hecho a su madre. Las hace todos los jueves por la tarde, antes de salir de fiesta, porque a ella le encantan y nunca se aburre de ellas. De hecho nunca se aburre de nada porque nada se repite nunca.

Imagina levantarte cada mañana, piensa mirando a un niño que va de la mano con su madre, mirando a través de unas gafas de sol con forma del careto de Mickey Mouse.

Imagina cada mañana de tu vida despertándote a un mundo nuevo, un mundo que no para de mostrarte toda su belleza como por primera vez. Imagina que te pasa eso cada tres segundos. Imagina que eres el único al que le ocurre, que todos los demás recuerdan lo que cenaste anoche y tú ni siquiera recuerdas haber cenado. De hecho, ¿dónde estabas anoche? Ya no tiene tanta gracia, ¿verdad? Mickey Mouse, maldito hijo de puta.

Le hará una docena más para la semana que viene. Se pondrá contenta.